

La Mujer de Azul

Francisco Javier Ruiz García



Capítulo 1

La mansión se levantó hace mucho tiempo, antes de la maldición y de que se me conociera como La Mujer de Azul. ¿Cuánto? La verdad es que no lo sé con exactitud. Los recuerdos se me amontonan en un cúmulo de imágenes difusas. Después de tantos años el tiempo tiene otro significado para mí, como si todo sucediera a la vez, superponiéndose y mezclándose en una amalgama de colores, formas y voces. A pesar de ello recuerdo los primeros días con sorprendente claridad, cuando mi marido y yo levantamos esta extraña mansión; un monumento a la imaginación, a la creatividad y a la paz. Queríamos que fuera nuestro rincón, apartado de todo el mundo. Pero no nos bastaba apartarlo en el sentido estricto de la palabra, no era suficiente con retirarnos al pico de la montaña más alta y perdida de la Tierra, ya que aún allí seguirían persiguiéndonos y encontrándonos. Necesitábamos arrancarlo de los clavos de la realidad, extirparlo como si fuera el último órgano sano que pronto sucumbiría dentro de un cuerpo putrefacto. Decidimos construirla en un plano de la existencia más allá del espacio y del tiempo. Por desgracia desconocíamos la capacidad de aquellos seres de seguirnos incluso allí. Pero eso no nos afectaría hasta pasadas muchas décadas.

En un principio levantamos una humilde casa, con apenas cuatro habitaciones. Un salón, una cocina, el baño y una pequeña sala donde dedicarnos a la lectura, pintar y escribir. Para dos personas era suficiente, no necesitábamos nada más allí dentro. Pasábamos las horas con deleite entre el salón y la salita, nutriéndonos de exquisitas lecturas y dando rienda suelta a nuestras ideas. Con el paso de los días echamos en falta algo más, y es que al abrir las ventanas todo lo que veíamos era oscuridad. Entonces desde la cocina hicimos una salida a la parte de atrás de la casa. Dimos vida allí a un jardín, no muy extenso, pero con espacio suficiente para tener un pequeño estanque, junto al cual nos sentábamos a merendar algunas tardes. Me fascinaba este remanso de naturaleza que habíamos creado en medio de la nada, y me di cuenta de que crecían allí unas pequeñas flores de colores que jamás había visto y que incluso, al principio, me costaba comprender. Tonalidades que hasta ese momento me habría sido imposible creer que existieran y que me siento incapaz de describir. Tal vez mi marido, que amaba la escritura, habría podido hacerlo mejor que yo. Había flores del color de la añoranza, de la ilusión, del amanecer, de la música... Mi favorita era una que crecía junto a la pata de la mesita, era del color de la lluvia.

Pronto el jardín se nos quedó pequeño ya que, si bien desde las ventanas de la cocina podíamos verlo, el resto de la casa daba a un vacío infinito. Así que trazamos a nuestro alrededor los bocetos de un extenso prado de hierba alta y de un verde brillante. Queríamos que fuera sencillo, que pudiera germinar en poco tiempo y nos diera algo que ver desde las ventanas. Lo acompañamos de un hermoso cielo turquesa. Era perfecto y

tranquilo. ¿Quién iba a encontrarnos allí? Nos decíamos, hasta que llegó el que se convertiría en el primer huésped de la casa. Si cierro los ojos es como si recordara aquel día en fotografías. Era un hombre mayor, canoso, recuerdo que llevaba con él un maletín de cuero. Aseguraba que había llegado allí por casualidad, huyendo de algo, y que se quedaría lo justo para recuperar fuerzas y seguir su camino. Lo que en un principio iban a ser unos pocos días se convirtió en siempre, se enamoró del lugar. Sin embargo no sé dónde estará ahora mismo, creo que se cambió de habitación a la tercera o cuarta planta. ¿Qué habrá sido de este hombre? Olvidé su nombre hace tiempo, pues llegaron muchos después de él. Todos mostraban un interés especial por la pintura, la música y la escritura y aseguraban estar escapando de algo, aunque ninguno era capaz de concretar qué era lo que les perseguía.

Nos fuimos viendo obligados a añadir nuevas zonas a la casa; nuevos dormitorios y baños, una nueva salita y un comedor más grande. Continuaban llegando huéspedes y quedaban prendados de la casa nada más cruzar el umbral de la puerta. La que en un principio era una pequeña casita para dos personas fue creciendo con una segunda planta y una tercera, la salita dio paso a una biblioteca por un lado y una galería de pintura por otro. Nosotros dos, lejos de sentirnos incómodos estábamos encantados, pues nuestro rincón estaba sirviendo de cobijo para todos aquellos individuos tan fascinantes. Para satisfacer las necesidades de los que llegaban fuimos añadiendo apéndices a la casa, como un invernadero, una sala de música o una torre de astronomía. Otros directamente iban incorporando sus propias ideas como un salón de baile, una pequeña herrería, una habitación de trofeos e incluso un laboratorio. La casita había pasado a ser una enorme mansión que no dejaba de crecer y pronto mi marido y yo empezamos a descubrir que había lugares que nosotros mismos desconocíamos, rincones que nunca habíamos visto. En el exterior, el prado incluso dio paso a un bosque infinito de enormes árboles y flora sin igual, con colores semejantes a los de las pequeñas flores que crecían en el jardín.

Pasaban los años y no había rastro de los extraños perseguidores de ninguno de los huéspedes, ni de las entidades aberrantes que habíamos evitado al construir la mansión en una realidad tan apartada. ¿Cómo iban a dar con nosotros? Nos preguntábamos orgullosos de nuestra obra. Una fortaleza ajena a toda la inmundicia humana, a sus problemas, sordos al sufrimiento y ciegos al mal. Puede sonar egoísta, pero no me avergüenza decir que allí éramos felices. O al menos creíamos que lo éramos, así como creíamos ilusos que las aberraciones de las que creíamos haber escapado nunca nos darían allí caza. Pero lo hicieron, aunque no como creíamos y tal vez por eso tardamos tanto en darnos cuenta de lo que pasaba. Si bien es cierto que lograron penetrar en nuestros terrenos, no pudieron hacerlo con la furia y la destrucción que, de haber levantado la casa en otro lugar, habrían hecho. Se introdujeron en nosotros sin que

nos percatáramos.

La felicidad que mencioné antes, o lo que nosotros pensábamos que era felicidad, fue nuestra perdición. Aquel sentimiento tenía algo extraño, una mancha de oscuridad perpetua que se iba extendiendo como una gota de tinta en un vaso de agua. Estaba corrompida y nos carcomía por dentro sin que nada pudiéramos hacer. Poco a poco los huéspedes dejaron de comer, de leer, de escribir y de pintar, las conversaciones hasta el alba dieron paso al silencio perpetuo y muchos de ellos incluso se recluirían en sus habitaciones escapando del contacto humano. En un momento dado la corrupción pasó a impregnar a la propia casa. Aunque a decir verdad, no sabría decir si fuimos nosotros los que la infectamos o los entidades aberrantes estuvieron siempre ocultos en sus muros, aguardando el mejor momento para introducirse en nosotros. De cualquier forma nuestra alegría se fue apagando, tornando en una sustancia grasienta y oscura que se adhería a las paredes de la mansión. Los muros comenzaron a volverse pegajosos, era como si se estuvieran deshaciendo. Desde el exterior la inmensa construcción se asemejaba a una gigantesca vela derritiéndose en pesadas gotas de cera. Mi marido y yo también nos reclinamos en distintas habitaciones, cada uno en un ala de la mansión y casi no nos veíamos ya. Nos odiábamos, todos, unos a otros y a la propia casa, que disfrutaba al vernos postrados en nuestras camas hundidos en Dios sabe qué siniestros y depresivos pensamientos. Mi aspecto se tornó enfermizo, moribundo y mi piel adquirió un tono azulado fúnebre, causa de mi actual sobrenombre.

No sabría decir si nos llegó la muerte o si de alguna forma pasamos a formar parte de la casa. Es cierto que nuestra presencia física ya no se encuentra materializada de la misma forma, pero tampoco hemos dejado de recorrer la casa, de escuchar a los nuevos huéspedes y de ver pasar las generaciones una tras otra. Entre nosotros podemos vernos y muchos de los huéspedes que llegan nuevos también lo hacen. Otros simplemente son incapaces de percibir nuestra existencia. Estamos en un limbo, en un reino de nadie sin morir ni estar vivos.

Las entidades aberrantes, hechos uno con la mansión, nos han tenido en esta terrible pesadilla desde entonces, aunque hay épocas en las que la tortuosa presión se desvanece y tanto la mansión como sus habitantes recuperan algo de la vieja gloria que otrora tuvieron. Estos periodos de relativa paz coinciden con la llegada de nuevos huéspedes, quienes disfrutaban de la mansión llenando los pasillos de conversaciones y las habitaciones de vida y se enfrascaban en la lectura, el dibujo y la escritura como hacíamos nosotros antes de que la casa nos hundiera. Como una corriente de aire fresco que se colara por cada resquicio de la mansión, el espíritu de los nuevos huéspedes nos mantiene a todos vivos. Pero, como la llama de una vela, va apagándose lenta y tortuosamente hasta que, de nuevo cerrándose el ciclo, se consume y nos atrapa a todos, nuevos y veteranos, en oscuridad. Parece ser un círculo inquebrantable, que nunca

se detiene.

Me pregunto si alguna vez encontraremos la forma de librarnos de las entidades aberrantes y si podremos volver a la paz que hace tanto tiempo reinó en estos lares.